

CAPITULO III.

En el que nuestro autor cuenta como se embarcó para Acapulco: su naufragio: el buen acogimiento que tuvo en una isla donde arribó, con otras cosillas curiosas.

QUÉ deliciosos son aquellos fantásticos jardines, en que solemos pasearnos á merced de nuestros deseos! ¡Qué cuentas tan alegres nos hacemos cuando las hacemos sin la huésped, esto es, cuando no prevenimos lo adverso que puede suceder, ó lo mas cierto, cuando no advertimos que la alta Providencia puede tener de cretadas cosas muy distintas de las que nos imaginamos!

Tales fueron las que yo hice en Manila cuando me embarqué con mi anqueta para Acapulco. Once mil pesos empleados en barata, decia yo, realizados con estimacion en México, producirán veinte y ocho ó treinta mil: éstos puestos en giro con el comercio de Veracruz, en un par de años se hacen cincuenta ó sesenta mil pesos. Con semejante principal, yo que no soy tonto ni muy feo ¿por qué no he de pensar en casarme con una muchacha que tenga por lo menos otro tanto de dote! Y con un capital tan razonable ¿por qué no he de buscar en otro par de años, ruilmente y libres de gastos, cuarenta ó cincuenta talegas? Con estas ¿por qué no he de poder lograr en Madrid un título de conde ó marqués? Seguramente con menos dinero sé que otros lo han conseguido. Muy bien; pero siendo conde ó marqués ya me será indecoroso el ser comerciante con tienda pública: me llamarán el marqués del Alepin, ó el conde de de la Musolina; ¿y qué le hace? ¡Muchos no se han titulado y subido á tan altas cumbres por iguales escalones? Pero sin embargo, es menester buscar otro giro por donde subsistir, si quiera para que no me muerdan mucho los envidiosos maldicientes. ¿Y qué giro será este? El campo: sí, ¡cuál otro mas

propio y honorífico para un marqués que el campo? Compraré un par de haciendas de las mejores: las surtiré de fieles é inteligentes administradores, y contando por lo regular con la fertilidad de mi pátria, levantaré unas cosechas abundantísimas, acopiaré muchos doblones, seré un hombre visible en México, contaré con las mejores estimaciones, y mi muger, que sin duda será muy bonita y muy graciosa, se llevará todas las atenciones, ¿y por qué no se merecerá las de la virreina? Ya se ve que sí: la amaré por su presencia, por su discrecion y porque yo fomentaré esta amistad con los obsequios que saben ablandar á los peñascos. Ya que esté de punto la virreina y sea íntima amiga de mi muger, por qué no he de aprovechar su patrocinio? Me valdré de él: lograré la mayor estrechez con el virrey, y conseguida, con muy poco dinero beneficiaré un regimiento: seré coronel, y he aquí de un dia á otro á Periquillo con tres galones y un usía en el cuerpo, mas grande que una casa.

¿Parará en esto? No señor: las haciendas aumentarán sus productos: mis cofres reventarán en doblones, y entonces mi amigo el virrey, se retirará á España y yo me iré en su compañía. El por una parte bien quisto con el rey y por otra oprimido de mis favores hará por mí cuanto pueda en el ministerio de gracia y justicia en el departamento de Indias: yo no me descuidaré en grangear la voluntad del secretario de estado, y á pocos lances, á lo mas dentro de dos años, consigo los despachos de virrey de México. Esto es de cajon, y tan fácil de hacerse como lo digo, y entonces... ¡Ah! ¡qué gozo ocupará mi corazon el dia que tome posesion del virreinato de mi tierra!

¡Oh! y cuántas adulaciones no me harán todos mis conocidos! ¡Qué de parientes y amigos no me resultarán, y cómo no temerán mi indignacion todos los que me han visto con desprecio!

Fuera de esto, ¡qué dias tan alegres no me pasaré en el go-

bierno de aquel vasto y dilatado reino? ¿Qué de dinero no juntaré por todos los medios posibles, sean los que sean? ¿Qué diversiones no disfrutaré? ¿Qué multitud de aduladores no me rodeará canonizando mis vicios como si fueran las virtudes mas eminentes, aunque en el juicio de residencia no se vuelvan á acordar de mí, ó tal vez sean mis peores enemigos? Pero en fin, aquellos años cuando menos, los pasaré anegados en las delicias, y no descuidándome en atesorar plata, con ella podré tapar las bocas de mis enemigos y comprar las de mis amigos, para que estos abonen mi conducta y aquellos callen mis defectos; y en este caso, he aquí un Periquillo, un hidalgo segun dicen, un hombre de mediana fortuna, y si se quiere, un pillo de primera, bonificado á la faz del rey y de los hombres buenos, por mas que sus iniquidades gritarian la venganza entre los particulares agraviados.

Así ni mas ni menos era mi modo de pensar en aquellos dias primeros que navegaba para mi tierra, y si Dios hubiera llenado la medida de mis inicuos deseos, quien sabe si hoy estarían infinitas familias desgraciadas, la mia deshonrada y yo mismo decapitado en un patíbulo.

Siete dias llevábamos de navegacion, y en ellos tenia yo la cabeza llena de mil delirios con mi soñado virreinato. Bandas, bordados, excelencias, obsequios, sumisiones, banquetes, bajillas, paseos, coches, lacayos, libreas y palacios eran los títeres que bailaban sin cesar en mi loco cerebro, y con los que se divertia mi tonta imaginacion.

Tan acalorado estaba con estas simplezas, que aun no ponía la primera piedra á este vano edificio, cuando ya me hallaba revestido de cierta soberbia con la que pretendia cobrar gages de virrey sin pasar de un triste Periquillo; y en virtud de esto hablaba poco y muy mesurado con los principales del barco, y menos ó nada con mis iguales, tratando á mis inferiores con un aire de magestad el mas ridículo.

Inmediatamente notaron todos mi repentina mutacion, porque si antes me habian visto jovial y cariñoso, dentro de cuatro dias me veian fastidioso, soberbio é intratable, por lo que unos me ridiculizaban, otros me hacian mil desaires, y todos me aborrecian con razon.

Yo advertia su poco cariño, pero decia á mis solas: ¿qué, con que esta gentusa me desprecie? ¿Para qué los necesita un virrey? El dia que tome posesion de mi empleo, estos que ahora se retiran de mí, serán los primeros que se pelarán las barbas por adularme. Así continuaba el nuevo Quijote en sus locuras caballerescas, que iban tan en aumento de dia en dia y de instante en instante, que á no permitir Dios que se revolvieran los vientos, esta fuera la hora en que yo hubiera tomado posesion de una jaula en S. Hipólito.

Fué el caso, que al anoecer del dia séptimo de nuestra navegacion comenzó á entoldarse el cielo y á oscurecerse el aire con negras y espesas nubes: el nordeste soplabá con fuerza en contra de nuestra direccion: á pocas horas creció la cerazon, obscureciéndose los horizontes: comenzaron á desgajarse fuertes aguaceros, mezclándose con el agua multitud de rayos que cruzando por la atmósfera aterrorizaban los ojos que los veian.

A las seis horas de esta fatiga se levantó un sudeste furioso: los mares crecian por momentos y hacian unas olas tan grandes, que parecia que cada una de ellas iba á sepultar el navío. Con los fuertes huracanes y repetidos balances no quedó un farol encendido: á tientas procuraban maniobrar los marineros: la terrible luz de los relámpagos servia de atemorizarnos mas, pues unos á otros veiamos en nuestros pálidos semblantes pintada la imágen de la muerte, que por momentos esperábamos.

En este estado un golpe de mar rompió el timon: otro el palo del bauprés, y una furiosa sacudida de viento quebró el mastelero del trinquete. Crugia la madera y las jarcias sin

poderse recoger los trapos que ya estaban hechos pedazos, por que no podía la gente detenerse en las vergas.

Como los vientos variaban y carecíamos del timon, bogaba el barco sobre las olas por donde aquellos lo llevaban: no valió cerrar los escotillones para impedir que se llenara de agua con los golpes de mar, ni podíamos desaguar lo suficiente con el auxilio de las bombas.

En tan deplorable situacion ya se deja entender cual seria nuestra consternacion, cuales nuestros sustos, y cuán repetidos nuestros votos y promesas.

En tan críticas y apuradas circunstancias llegó el fatal momento del sacrificio de las víctimas navegantes. Como el navío andaba de acá para allá lo mismo que una pelota, en una de estas dió contra un arrecife tan fuerte golpe, que estrellándose en él, se abrió como granada desde la popa al cumbés, haciendo tanta agua que no quedó mas esperanza que encomendarse á Dios y repetir actos de contricion.

El capellan absolvió de monton, y todos se conformaron con su suerte á mas no poder.

Yo luego que advertí que el barco se hundia, trepé á la cubierta como gato, y la divina Providencia me deparó en ella un tablon del que me así con todas mis fuerzas, porque habia oido decir que valia mucho una tabla en un naufragio; pero apenas la habia tomado, cuando me vi sobreaguar, y á la luz macilenta de un relámpago, ví frente de mis ojos acabarse de ir á pique todo el buqué.

Entonces me sobrecogí del mas íntimo terror, considerando que todos mis compañeros habian perecido y yo no podia dejar de correr igual funesta suerte.

Sin embargo, el amor de la vida y aquella tenaz esperanza que nos acompaña hasta perderla, alentaron mis desmayadas fuerzas, y afianzado de la tabla, haciendo promesas á millones é invocando á la madre de Dios bajo la advocacion de Guada-

lupe, me anduve sosteniendo sobre las aguas, llevado á la discrecion de las olas y de los vientos.

Unas veces el peso de las olas me hundia y otras el aire contenido en los poros de la tabla me hacia surgir sobre la superficie del agua.

Como hora y media batallaria yo entre estas ansias mortales sin ninguna humana esperanza de remedio, cuando disipándose las nubes, sosegándose los mares, y aquietándose los vientos amaneció la aurora, mas hermosa para mí en aquel punto, que lo fué para el monarca mas pacífico del universo. El sol no tardó en manifestar su bella y resplandeciente cara. Yo estaba casi desnudo y veia la extension de los mares; pero acobardado mi espíritu con el pasado infortunio, y temeroso siempre de perder la vida en aquel piélago, no podia ver con entero placer las delicias de la naturaleza.

Aferrado con mi tabla no trataba sino de sobreaguar, temiendo siempre la sorpresa de algun pez carnicero, cuando en esto que oí cerca de mí voces humanas. Alcé la cara, extendí la vista y observé que los que me gritaban eran unos pescadores que bogaban en un bote. Los miré con atencion, y observé que se acercaban hácia mí. Es imponderable el gusto que sintió mi corazon al ver que aquellos buenos hombres venian volando á mi socorro, y mas cuando abordándose el barquillo con mi tabla extendieron los brazos y me pusieron en su bote.

Ya estaba yo enteramente desnudo y casi privado de sentido. En este estado me pusieron boca á bajo y me hicieron arrojar porcion de agua salada que habia tragado. Luego me dieron unas friegas generales con paños de lana, y me confortaron con espíritu de cuerno de ciervo que por acaso llevaba uno de ellos, despues de lo cual me abrigaron y condujeron al muelle de una isla que estaba muy cerca de nosotros.

Al tiempo de desembarcarme, volví en mí del desmayo ó paleta que me acometió, y ví y advertí lo siguiente.

Me pusieron bajo un árbol copado que habia en el muelle, y

luego se juntó al rededor de mí porcion de gente entre la que distinguí algunos europeos. Todos me miraban y me hacian mil preguntas de mera curiosidad; pero ninguno se dedicaba á favorecerme. El que mas hizo me dió una pequeña moneda del valor de medio real de nuestra tierra. Los demás me compadecian con la boca y se retiraban diciendo: ¡qué lástima...! ¡Pobrecito...! aun es mozo: y otras palabras vanas como estas, y con tan oportunos socorros se daban por contentos y se marchaban.

Los isleños pobres me veian, se enternecian, no me daban nada, pero no me molestaban con preguntas, ó porque no nos habiamos de entender, ó porque tenian mas prudencia.

Sin embargo de la pobreza de esta gente, uno me llevó una taza de té y un pan, y otro me dió un capisallo roto, que yo agradecí con mil ceremonias, y me lo encajé con mucho gusto porque estaba encueros y muerto de frio. Tal era el miserable estado del virrey futuro de Nueva España, que se contentó con el vestido de un plebeyo sangley, que por tal lo tuve. Bien que entonces ya no pensaba yo en vireinatos, palacios ni libreas, ni arrugaba las cejas para ver, ni economizaba las palabras; antes sí procuraba poner mi semblante de lo mas halagüeño con todos, y mas entumido que perro en barrio ageno, afectaba la mas cariñosa humildad. ¡Qué cierto es que muchos nos ensoberbecemos con el dinero, sin el cual tal vez seriamos humanos y tratables.

Tres ó cuatro horas habria que estaba yo bajo la sombra del árbol robusto sin saber á donde irme, ni que hacer en una tierra que reconocia tan extraña, cuando se llegó á mí un hombre, que me pareció isleño por el trage, y rico por lo costoso de él, porque vestia un ropon ó túnica de razo azul bordado de oro con vueltas de felpa de Marta, ligado con una banda de burato *punzó* * tambien bordada de oro, que le caia hasta los piés,

* Entre los sederos y tintoreros se llama así el color de púrpura mas obscuro ó obscuro de la seda.—E.



*Se encontro con
chinos asiaticos*

que apenas se le descubrian cubiertos con unas sandalias ó zapatos de terciopelo de color de oro. En una mano traia un baston de caña de China con puño de oro, y en la otra una pipa del mismo metal. La cabeza la tenia descubierta y con poco pelo; pero en la coronilla ó mas abajo tenia una porcion recogida como los zorongos de nuestras damas, el cual estaba adornado con una sortija de brillantes y una insignia que por entonces no supe lo que era.

Venian con él cuatro criados que le servian con la mayor sumision, uno de los cuales traia un *payo*, como ellos les dicen, ó un *paragua*, como decimos nosotros, el cual paragua era de raso carmesí con franjas de oro, y tambien venia otro que por su traje me pareció europeo, como en efecto lo era, y nada menos que el intérprete español.

Luego que se acercó á mí, me miró con una atencion muy patética, que manifestaba de á legua interesarse en mis desgracias, y por medio del intérprete me dijo: „No te acojotes, „náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado á „las islas de las Velas * donde hacen esclavos á los que el mar „perdona. Ven á mi casa.”

Diciendo esto, mandó á sus criados que me llevaran en hombros. Al instante se suscitó un fuerte murmullo entre los espectadores que remató en un sin número de vivas y exclamaciones.

Inmediatamente advertí que aquel era un personage distinguido, porque todos le hacian muchas reverencias al pasar.

No me engañé en mi concepto, pues luego que llegué á su casa advertí que era un palacio, pero un palacio de la primera gerarquía. Me hizo poner en un cuarto decente: me proveyó de alimentos y vestidos á su uso, pero buenos, y me dejó descansar cuatro dias.

* Por otro nombre se conocen estas islas por las de los Ladrones.

Al cabo de ellos, cuando se informó de que yo estaba enteramente restablecido del quebranto que había padecido mi salud con el naufragio, entró en mi cuarto con el intérprete, y me dijo: y bien, español, ¿es mejor mi casa que la mar? ¿Te hallas bien aquí? ¿Estás contento? Señor, el dije: es muy notable la diferencia que me proponéis: vuestra casa es un palacio, es el asilo que me ha libertado de la indigencia y el mas seguro puerto que he hallado despues de mi naufragio: ¿no deberé estar contento en ella y reconocido á vuestra liberalidad y beneficencia?

Desde entonces me trató el isleño con el mayor cariño. Todos los dias me visitaba y me puso maestros que me enseñaran su idioma, el que no tardé en aprender imperfectamente, así como él sabia el español, el ingles y frances, porque de todos entendía un poco, aunque lo champurraba mucho con el suyo.

Sin embargo, yo hablaba mejor su idioma que él el mio, porque estaba en su tierra y me era preciso hablar y tratar con sus naturales. Ya se ve, no hay arte mas pronto y eficaz para aprender un idioma, que la necesidad de tratar con los que lo hablan naturalmente.

A los dos ó tres meses ya sabia yo lo bastante para entender al isleño sin intérprete, y entonces me dijo que era hermano del tután ó virrey de la provincia, cuya capital era aquella isla llamada Saucheofú: que él era su segundo ayudante, y se llama Limahoton. A seguida se informó de mi nombre y de la causa de mi navegacion por aquellos mares, como tambien de cual era mi patria.

Yo le satisfice á todo, y él mostró condolerse de mi suerte, admirándose igualmente de algunas cosas que le conté del reino de Nueva España.

Al dia siguiente á esta conversacion me llevó á conocer á su hermano, á quien saludé con aquellas reverencias y ceremo-

nial en que me habian instruido, y el tal Tután me hizo bastante aprecio; pero con todo su cariño me dijo: ¿y tú qué sabes hacer? Porque aunque en esta provincia se usa la hospitalidad con todos los extrangeros pobres, ó no pobres, que aportan á nuestras playas, sin embargo, con los que tratan de detenerse en nuestras ciudades no somos muy indulgentes, pasado cierto tiempo; sino que nos informamos de sus habilidades y oficios para ocuparlos en lo que saben hacer, ó para aprender de ellos lo que ignoramos. El caso es que aquí nadie come nuestro arroz ni la sabrosa carne de nuestras vacas y peces sin ganarlo con el trabajo de sus manos. De manera, que al que no tiene ningun oficio ó habilidad, se lo enseñamos, y dentro de uno ó dos años ya se halla en estado de desquitar poco á poco lo que gasta el tesoro del rey en fomentarlo. En esta virtud, dime qué oficio sabes, para que mi hermano te recomiende en un taller donde ganes tu vida.

Sorprendido me quedé con tales avisos porque no sabia hacer cosa de provecho con mis manos, y así le contesté al Tután: Señor, yo soy noble en mi tierra, y por esto no tengo oficio alguno mecánico, porque es baja en los caballeros trabajar corporalmente.

Perdió su gravedad el mesurado mandarin al oír mi disculpa, y comenzó á reír á carcajadas, apretándose la barriga y tendiéndose sobre uno y otro cojín de los que tenia á los lados, y cuando se desahogó me dijo: ¿Conque en tu tierra es baja trabajar con las manos? ¿Luego cada noble en tu tierra será un Tután ó potentado, y segun eso todos los nobles serán muy ricos? No, señor, le dije: no son príncipes todos los nobles, ni son todos ricos; antes hay innumerables que son pobrísimos, y tanto que por su pobreza se hallan confundidos con la escoria del pueblo.

Pues entónces, decia el Tután, siendo esos ejemplares repetidos, es menester creer que en tu tierra todos son locos caba-

herescos; pues mirando todos los dias lo poco que vale la nobleza á los pobres, y sabiendo lo fácil que es que el rico llegue á ser pobre y se vea abatido aunque sea noble, tratan de criar á los hijos hechos unos holgazanes, exponiéndolos por esta especie de locura á que mañana ú otro dia perezcan en las garras de la indigencia.

Fuera de esto, si en tu tierra los nobles no saben valerse de sus manos para buscar su alimento, tampoco sabrán valer á los demás, y entonces dime: ¿de qué sirve en tu tierra un noble ó rico (que me parece que tú los juzgas iguales)? ¿De qué sirve uno de estos, digo, al resto de sus conciudadanos? Seguramente un rico ó un noble será una carga pesadísima á la república.

No, señor, le respondí; á los nobles y á los ricos los dirigen sus padres por las dos carreras ilustres que hay, que son las armas y las letras, y en cualquiera de ellas son utilísimas á la sociedad.

Muy bien me parece, dijo el virrey. ¿Conque á las armas ó á las letras está aislada toda la utilidad por venir de tus nobles? Yo no entiendo esas frases. Dime, ¿qué oficios son las armas y las letras?

Señor, le contesté, no son oficios sino profesiones, y si tuvieran el nombre de oficios, serian viles y nadie querría dedicarse á ellas. La carrera de las armas es aquella donde los jóvenes ilustres se dedican á aprender el arte de la guerra con el auxilio del estudio de las matemáticas, que les enseña á levantar planos de fortificacion, á minar una fortaleza, á dirigir simétricamente los escuadrones, á bombardear una ciudad, á disponer un combate naval, y á cosas semejantes, cuya ciencia se hacen los nobles aptos para ser buenos generales, y ser útiles á su patria, defendiéndola de las incursiones de los enemigos.

Esa ciencia es noble en sí misma y demasiado útil á los ciu-

dadanos, dijo el chino, porque el deseo de la conservacion individual de cada uno exige apreciar á los que se dedican á defenderlos. Muy noble y estimable carrera es la del soldado; pero dime: ¿por qué en tu tierra son tan exquisitos los soldados? ¿Qué no son soldados todos los ciudadanos? Porque aquí no hay uno que no lo sea. Tú mismo, mientras vivas en nuestra compañía, serás soldado y estarás obligado á tomar las armas con todos, en caso de verse acometida la isla por enemigos.

Señor, le dije, en mi tierra no es así. Hay porciones de hombres destinados al servicio de las armas, pagados por el rey, que llaman ejércitos ó regimientos; y esta clase de gentes tiene obligacion de presentarse sola delante de los enemigos, sin exigir de los demás, que llaman paisanage, otra cosa que contribuciones de dinero para sostenerse, y esto no siempre, sino en los graves apuros.

Terrible cosa son los usos de tu tierra, dijo el Tután: ¿pobre rey! ¿pobres soldados, y pobres ciudadanos! ¿Qué gasto tendrá el rey! ¿qué expuestos se verán los soldados, y qué mal defendidos los ciudadanos por unos brazos alquilados! ¿No fuera mejor que en caso de guerra todos los intereses y personas se reunieran bajo un único punto de defensa? ¿Con cuánto mas empeño pelearian en este caso, y qué temor impondria al enemigo esta union general? Un millon de hombres que un rey ponga en campaña á costa de mil trabajos y subsidios, no equivale á la quinta parte de la fuerza que opondria una nacion compuesta de cinco millones de hombres útiles de que se compusiera la misma nacion. En este caso habria mas número de soldados, mas valor, mas resolucion, mas union, mas interes y menos gasto. A lo menos así lo practicamos nosotros, y somos invencibles para los tártaros, persas, africanos y europeos.

Pero toda esta es conversacion. Yo no entiendo la política.

de tu rey, ni de los demás de Europa, y mucho menos tengo noticia del carácter de sus naciones; y pues ellos que son los primeros interesados, así lo disponen, razon tendrán; aunque siempre me admiraré de este sistema.

Mas supuesto que tú eres noble, dime, ¿eres soldado? No señor, le dije, mi carrera la hice por las letras. Bien, dijo el asiático: ¿y qué has aprendido por las letras ó las ciencias, que eso querras decir?

Yo pensando que aquel era un tonto, segun habia oido decir que lo eran todos los que no hablaban castellano, le respondí que era teólogo. ¿Y qué es teólogo? Dijo el Tután. Señor, le respondí, es aquel hombre que hace estudio de la ciencia divina, ó que pertenece á Dios. ¡Ola! dijo el Tután: este hombre deberá ser eternamente adorable. ¿Conque tú conoces la esencia de tu Dios á lo menos? ¿Sabes cuáles son sus atributos y perfecciones, y tienes talento y poder para descorrer el velo á sus arcanos? Desde este instante serás para mí el mortal mas digno de reverencia. Siéntate á mi lado, y dignate de ser mi consejero.

Me sorprendí otra vez con semejante ironía: y le dije: Señor, los teólogos de mi tierra no saben quién es Dios ni son capaces de comprenderlo: mucho menos de tantear el fondo infinito de sus atributos, ni de descubrir sus arcanos. Son unos hombres que explican mejor que otros las propiedades de la Deidad y los misterios de la religion.

Es decir, contestó el chino, que en tu tierra se llaman teólogos los santones, sábios ó sacerdotes que en la nuestra tienen noticias mas profundas de la esencia de nuestros dioses, de nuestra religion ó de sus dogmas; pero por saber solo esto y enseñarlo no dejan de ser útiles á los demás con el trabajo de sus manos; y así á tí nada te servirá ser teólogo de tu tierra.

Viéndome yo tan atacado, y procurando salir de mi ataque á fuerza de mentiras, creyendo simplemente que el que me ha-

blaba era un necio como yo, le dije que era médico. ¡Oh! dijo el virrey, esa es gran ciencia, si tú no quieres que la llame officio. ¡Médico! ¡buena cosa! Un hombre que alarga la vida de los otros y los arranca de las manos del dolor, es un tesoro en donde vive. Aquí están los cajones del rey abiertos para los buenos médicos inventores de algunos específicos que no han conocido los antiguos. Esta no es ciencia en nuestra tierra, sino un officio liberal, y al que no se dedican sino hombres muy sabios y experimentados. Tal vez tú serás uno de ellos y tendrás tu fortuna en tu habilidad; pero la veremos.

Diciendo esto, mandó traer una yerba de la maceta número diez de su jardin. Trajéronla; y poniéndomela en la mano, me dijo el Tután: ¿Contra qué enfermedad es esta yerba? ¿Quedeme embarazado con la pregunta, pues entendía tanto de botánica, como de cometas cuando desatiné sobre estos en Tlalnepantla; pero acordándome de mi necio orgullo, tomé la yerba, la ví, la olí, la probé, y lleno de satisfaccion dije: Esta yerba se parece á una que hay en mi tierra que se llama *parietaria* ó *tianguispepella*, no me acuerdo bien de ellas, pero ambas son febrífugas.

¿Y qué son febrífugas? preguntó el Tután, á quien respondí, que tenían especial virtud contra la fiebre ó calentura.

Pues me parece, dijo el Tután, que tú eres tan médico, como teólogo ó soldado; porque esta yerba tan lejos está de ser remedio contra la calentura, que antes es propísima para acarrearla, de suerte que tomadas cinco ó seis hojitas en infusion de medio cuartillo de agua, encienden terriblemente en calentura al que las toma.

Descubierta tan vergonzosamente mi ignorancia, no tuve mas escape que decir: Señor, los médicos de mi tierra no tienen obligacion de conocer los caracteres particulares de las yerbas, ni de saber deducir las virtudes de cada una por principios generales. Bátales tener en la memoria los nombres

de quinientas ó seiscientas, con la noticia de las virtudes que les atribuyen los autores, para hacer uso de esta tradicion á la cabecera de los enfermos, lo que se consigue fácilmente con el auxilio de las farmacopeas.

Pues á tí no te será tan fácil, dijo el mandarin, persuadirme á que los médicos de tu tierra son tan generalmente ignorantes en materia del conocimiento de las yerbas, como áices. De los médicos como tú, no lo negaré; pero los que merezcan este nombre, sin duda no estarán enterrados en tan grosera estupidéz, que á mas de deshorrar su profesion, seria causa de infinitos desastres en la sociedad.

Eso no os haga fuerza, señor, le dije, porque en mi tierra la ciencia menos protegida es la medicina. Hay colegios donde se dan lecciones del idioma latino, de filosofia, teologia y ambos derechos: los hay donde se enseña mucho y bueno de química y física experimental, de mineralogia ó del arte de conocer las piedras que tienen plata, y de otras cosas; pero en ninguna parte se enseña medicina. Es verdad que hay tres cátedras en la Universidad, una de *prima*, otra de *visperas*, y la tercera de *methodo medendi*, donde se enseña alguna cosita, pero esto es un corto rato por las mañanas, y eso no todas las mañanas; porque á mas de los jueves y dias de fiesta, hay muchos dias privilegiados que dan de asueto á los estudiantes, los que por lo regular, como jóvenes, están mas gustosos con el paseo que con el estudio.

Por esta razon, entre otras, no son en mi tierra comunes los médicos verdaderamente tales, y si hay algunos que llegan á adquirir este nombre, es á costa de mucha aplicacion y desvelos, y arrimándose á este ó á aquel hábil profesor para aprovecharse de sus luces.

Agregad á esto, que en mi tierra se parten los médicos ó se divide la medicina en muchos ramos. Los que curan las enfermedades exteriores, como úlceras, fracturas ó heridas, se llaman

man *cirujanos*, y estos no pueden curar otras enfermedades sin incurrir en el enojo de los médicos, ó sin grangearse su disimulo. Los que curan las enfermedades como fiebres, pleuresias, anasarcas &c. se llaman *médicos*: son mas estimados porque obran mas á tientas que los cirujanos, y se premia su saber con títulos honoríficos literarios, como de bachilleres y doctores.

Ambas clases de médicos exteriores é interiores tienen sus auxiliares que sangran, ponen y curan cáusticos, echan ventosas, aplican sanguijuelas, y hacen otras cosas que no son para tomadas en boca, y estos se llaman *barberos y sangradores*.

Otros hay que confeccionan y despachan los remedios, los que de poco tiempo á esta parte están bien instruidos en la química y en la botánica, que es la que llamais ciencia de las yerbas. Estos sí, conocen y distinguen los *sexos* de las plantas, y hablan fácilmente de *calices, estambres y pistilos*, gloriándose de saber genéricamente sus propiedades y virtudes. Estos se llaman *boticarios*, y son de los auxiliares de los médicos.

Atendriame yo á ellos, dijo el Tután, pues á lo menos se aplican á consultar á la naturaleza en una parte tan necesaria á la medicina, como el conocimiento de las clases y virtudes de las yerbas. En efecto, en tu tierra habrá boticarios que curarán con mas acierto que muchos médicos.

Cuanto me has dicho me ha admirado, porque veo la diferencia que hay entre los usos de una nacion y los de otra. En la mia no se llama médico, ni ejercita esta oficio sino el que conoce bien á fondo la estructura del cuerpo humano, las causas porque padece, y el modo con que deben obrar los remedios que ordena; y á mas de esto, no se parten como áices que se parten en tu tierra. Aquí el que cura es médico, cirujano, barbero, boticario, y asistente. Fiado el enfermo á su cuidado, él lo ha de curar de la enfermedad de que se queja, sea externa ó interna: ha de ordenar los remedios, los ha de hacer, los ha de ministrar, y ha de practicar cuantas diligen-

cias considera oportunas á su alivio. Si el enfermo sana, le pagan, y si no, lo echan noramala; pero en cada nacion hay sus usos. Lo cierto es que tú no eres médico, ni aun puedes servir para aprendiz de los de acá; y así dí que otra cosa sabes con que puedas ganar la vida.

Aturdido yo con los aprietos en que me ponía el chino á cada paso, le dije: que tal vez sería útil para la abogacia. ¡Abogacia! Dijo él, ¿qué cosa es? ¡Es el arte de bogar en los barcos? No señor, le dije: la abogacia es aquella ciencia á que se dedican muchos hombres para instruirse en las leyes nacionales, y exponer el derecho de sus clientes ante los jueces.

Al oír esto, reclinose el Tután sobre la mesa poniéndose la mano en los ojos, y guardando silencio un largo rato, al cabo del cual levantó la cabeza, y me dijo: ¿conque en tu tierra se llaman abogados aquellos hombres que aprenden las leyes del reino para defender con ellas á los que los ocupan aclarando sus derechos delante de los Tutanes ó magistrados?

Eso es, señor, y no mas. ¡Valgame Tien! Dijo el chino. ¿Es posible que en tu tierra son tan ignorantes que no saben cuáles son sus derechos, ni las leyes que los condenan ó favorecen? No me debían tan bajo concepto los europeos.

Señor, le dije, no es fácil que todos se impongan en las leyes por ser muchas, ni mucho menos en sus interpretaciones, las que solo pueden hacer los abogados porque tienen licencia para ello, y por eso se llaman *licenciados*. . . . ¿Cómo, cómo es eso de interpretaciones? Dijo el asiático: ¿pues qué las leyes no se entienden segun la letra del legislador? ¡Aun están sujetas al genio sofístico del intérprete? Si es así, lástima tengo á tus connaturales, y abomino el saber de sus abogados.

Pero sea de esto lo que fuere, si tú no sabes mas de lo que me has dicho, nada sabes; eres un inútil, y es fuerza hacerte útil porque no vivas ocioso en mi patria. Limahotón: pon á este extranjero á que aprenda á cardar seda, á teñirla, á hilarla y á bordar con ella: y cuando me entregue un tapiz de su

mano, yo le acomodaré de modo que sea rico. En fin, enséñale algo que le sirva para subsistir en su tierra y en la agena.

Diciendo esto se retiró, y yo me fuí bien avergonzado con mi protector, pensando cómo aprendería al cabo de la vejez algun oficio en una tierra que no consentía inútiles ni vagos Periquillos.

CAPITULO IV.

En el que nuestro Perico cuenta como se fingió Conde en la isla: lo bien que lo pasó: lo que vió en ella, y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables.

Qués acordareis que apoyado desde mi primera juventud ó desde mi pubertad en el consentimiento de mi cándida madre, me resistí á aprender oficio, y aborreciendo todo trabajo, me entregué desde entonces á la holgazaneria. Habreis advertido que esta fué causa de mi abatimiento: que por este contrajeron á los vicios, sino que me hicieron pagar bien caro las libertades que me tomaba, viéndome á cada paso despreciado de mis parientes, abandonado aun de mis malos amigos, golpeado de los brutos y de los hombres, calumniado de ladron, sin honor, sin dinero, sin estimacion, y arrastrando siempre una vida fatigosa y llena de miserias; y cuando reflexioneis en que á la edad de mas de treinta y años, despues de salir desnudo de un naufragio, y de haber tenido la suerte de un buen acogimiento en la isla, me propusieron enseñarme algun arte con que no solo pudiera subsistir sino llegar á hacerme rico, direis: forzosamente nuestro padre aquí abrió los ojos, y conociendo así la primitiva causa de sus pasadas desgracias, como el único medio de evitar las que podía temer en lo futuro, abrazaría gustoso el partido de aprender á solicitar el pan por su arbitrio y sin la mayor dependencia de los demás.